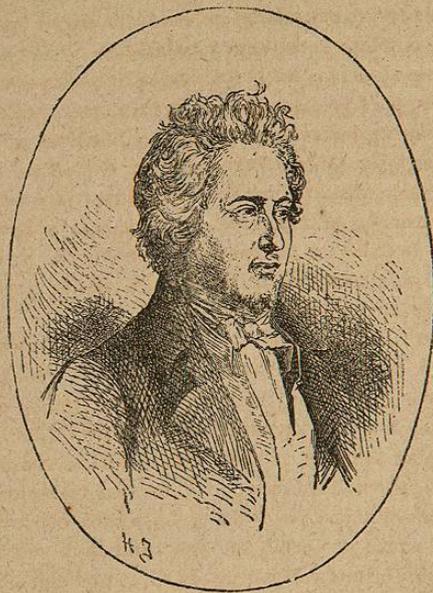


dulces para apagarse en una trinidad de risa. Enteramente romántica es en el también la irrefrenable caprichosidad de su individualidad genial: pero era poeta. En la lírica pura, en la canción, no hay en toda la literatura europea más que uno superior á Heine, á saber, Göthe; en la poesía del chiste no le alcanza ninguno, ni el mismo Voltaire. El introdujo en la literatura alemana una abundancia, esplendor y poderío del chiste que no se había barruntado



ENRIQUE HEINE.

antes. Simultáneamente con él y después de él la literatura alemana ha sido enriquecida y exornada en diferentes géneros y sentidos por poetas como Gutzkow, Mosen, Lenau, Grün, Freiligrath, Bodenstedt, y otros, muchos otros, pero ninguno igualaba á Heine en genio elemental y facilidad artística. Hay sobrados motivos para criticar en él esto y aquello y mucho otro, para criticarlo con enojo; pero haciéndose cargo de todo, hay que confesar que Heine ha sido la cabeza poética más importante que se ha levantado en Alemania desde que el patriarca de Weimar colocó la suya sobre la almohada mortuoria.

El universal florecimiento y fructificación de poesía, arte y ciencia en la primera mitad del siglo XIX, probaba que á la sazón las teorías y los sentimientos idealistas eran predominantes en Alemania. El beneficio principal de

esto ha sido que la tendencia y aspiración á la unidad nacional había adquirido poco á poco la fuerza y potencia de una idea moral, de un pensamiento de la historia universal de la clase de aquellos que ya no se dejan suprimir. Para trabajar por mantener vivo, fortalecer y profundizar el pensamiento patriótico alemán se habían empeñado sin tregua las potencias ideales de la palabra, de la pluma y del canto. El canto sobre todo había prestado grandes servicios en forma de cuartetos de hombres por cuyo desarrollo se conquistó grandes méritos el suizo Juan Jorge Nageli de Zurich. Una cadena de sociedades corales se prolongaba al través de los países alemanes y éstas asociaciones á pesar de muchas extravagancias de carácter pueril formaban sin duda un medio eficaz de cultura humanitaria y patriótica. Sería muy equivocado el creer que el predominio de los intereses ideales hubiera perjudicado y atascado á los materiales, pues precisamente en la primera mitad del siglo XIX, se han hecho progresos verdaderamente grandes y positivos en la agricultura, á la que el gran reformista Alberto Daniel Thaer dedicó su saber y su experiencia, en la extensión y multiplicación de la industria y del comercio, en el fomento de la navegación, en la creación de carreteras y ferrocarriles, en el perfeccionamiento de todos los medios de comunicación, progresos cuya solidez se distingue ventajosamente de la informalidad que emponzoñó más tarde la marcha de los intereses materiales.

En el año de 1850 marca bastante terminantemente la transición del idealismo al materialismo. El año de 1848 que hubiera debido traer la realización de los ideales populares de unidad y libertad no había traído más que crueles desengaños. El liberalismo, el representante principal de las esperanzas y aspiraciones patrióticas, se había mostrado tan incapaz como falto de valor. La democracia por su parte no había producido más que intentonas insuficientes que el triunfante absolutismo pisoteaba y castigaba con cruel dureza. Con torpe resignación estaba el pueblo ante las tumbas de sus mártires en Briggittenau, Mannheim, Rastatt y Friburgo. Los que no habían caído en la lucha por la buena causa gemían en la cárcel ó erraban fugitivos. El liberalismo se dobló ante la fuerza ó bien aprendía, como él mismo se expresaba, á contar con los hechos, siendo el resultado de su cuenta que la suma de la sabiduría de un hombre de Estado, la verdadera, la única beatífica «política positiva» estaba contenida en las dos sustanciales palabras «oportuno» é «inoportuno». Con esto se mantuvo en adelante.

Presentáronse fenómenos propios de los tiempos del desengaño, de la relajación, de la bajeza; la reacción se hizo triunfante. Los gobiernos vengáronse por el miedo que les habían inspirado las teorías liberales dando el campo libre á las prácticas oscurantistas y embrutecedoras. Alemania fué el suelo arable favorito de los jesuitas, los conventos brotaron como hongos en las comarcas católicas y hasta invadieron las protestantes. La arrogancia, cada año más crecida, de la Sede romana fué admitida con suma devoción y alentada por las cortes, especialmente también por la de Prusia, encontrando el mismo fomento la ortodoxia y el clericalismo protestante. Mas, al lado de la «iglesia» era la divisa el «fomento de los intereses materiales». En ambos sentidos,

es decir, en el afán por la reintroducción del oscurantismo clerical y en encaminar á los ánimos al lucro y goce material, los gobiernos alemanes remedaban á su ensalzado modelo, Napoleón III, el infame criminal del diciembre de 1851. Las consecuencias vinieron. Los ideales fueron escarnecidos colocándose en su lugar con descoco y descaró la talega del dinero. Sin freno hacíase la caza precipitada por la «dicha», es decir por el dinero, pues otra dicha que la comparable del dinero no la querían admitir las gentes. Todo negocio era más ó ménos un juego de azar, partiendo de la Bolsa los oráculos de esta desdiosada época que parecía había perdido por completo los sentimientos de honor y de derecho. La construcción de ferrocarriles, en sí una de las conquistas más gloriosas del siglo, convirtiéndose en una bellaquería que ha producido enormes perjuicios. El capitalismo estableciéndose en forma del sistema de las acciones, era el robo organizado; con la ley en la mano los despabilados robaban á los tontos á la luz del día. El industrialismo exagerado y precipitado, agitado en arrebatada febril, sustrajo fuerzas trabajadoras á la agricultura, crió un proletariado numeroso en las ciudades hidrópicamente entumecidas y preparó con imprevisor egoísmo el suelo que podía recibir, hacer germinar y brotar la siembra de las alucinaciones comunistas. Las doctrinas del manchesterismo inglés llegando á dominar también en Alemania, han producido una edad no de oro, sino de papel, y á la cacareada «libertad de industria» se debe que el oficio alemán antes muy apreciado en el extranjero, ahora muchas veces no es más que chapucería. Los estragos morales que el materialismo ha hecho son terribles; la embustería y la falsificación osténtase sin vergüenza á la luz del día. La relajación moral ha corroido también la administración de justicia, hallándose en chillón contraste con la sensiblería de los jesuitas á la moda, la creciente numerosidad y brutalidad de los crímenes. Los efectos más tristes de la teoría y doctrina materialista manifiéstase en el mundo mujeril. El afán de lucir y de divertirse han hecho una costumbre frecuente de la prostitución de las mujeres, casadas y solteras, también en aquellos círculos en que antes no hubiera podido surgir la idea de semejante infamia, y el aumento enorme del infanticidio confirma la antigua verdad que de la disipación al crimen no hay gran trecho. Tampoco puede negarse que mirándolo más de cerca la educación popular moderna no ha producido los efectos tan loables de que se habla tanto. Lo que las masas han ganado acaso por un lado en saber ó medio saber, lo han perdido por otro lado en sentido común y tino natural, en sentimiento del deber, laboriosidad, formalidad y frugalidad. Hace reflexionar el hecho singular averiguado estadísticamente en el año de 1877, que de los 22 cantones de Suiza precisamente los dos que tenían las peores escuelas, Obwalden y Walis, tenían el menor número de criminales. Un hecho moral curioso empero, un hecho único, como probablemente no hay otro en Alemania, en Europa, en la tierra, es que la comunidad de Königfeld en la Selva Negra, como fué atestiguado oficialmente en 1876, en trascurso de 50 años no ha visto ningún castigo de policía y mucho ménos un delito más grave, ninguna subastación, ningún nacimiento ilegítimo, ninguna demanda de divorcio, ningún pleito y ningún mendigo.

En la ciencia, la filosofía materialista ha conseguido remontarse hasta el punto de estar persuadida de su infalibilidad. No se le ocurrirá á nadie dejar de mirar con profundo agradecimiento los grandes trabajos y merecimientos de la investigación especial de los naturalistas en el campo de la física, química, geología y geognosía, mineralogía, botánica, zoología y etnología, fisiología y patología, nadie querrá criticar los grandes inventos que se han hecho por la aplicación de los resultados matemáticos y físicos á todos los ramos de la mecánica y tecnología; pero tampoco podrá negar nadie que la investigación materialista recuerda cada vez de nuevo las consabidas palabras de Meftófeles:

«El que pretende conocer y describir algo vivo,
Trata primero de expulsar el espíritu,
Luego tiene las partes en su mano,
Falta por desgracia sólo el lazo espiritual.»

Y sin embargo la necesidad del «lazo espiritual» se impone tan imperiosamente, que con la «materia» atomista no se puede trabajar y que se vieron obligados á introducir de contrabando en la materia una especie de alma con el nombre de «fuerza», aunque se vanagloriaban de haber por fin «arrojado de la ciencia» la «patraña de nodrizas» de una «llamada alma» ó de un «supuesto espíritu». En eso de vanagloriarse eran en general muy fuertes los caballeros del infalible microscopio y de la única beatífica retorta. Y aun más cuando se oía predicar á los fogosos discípulos de Darwin la teoría de la descendencia y de la selección del maestro, las gentes inocentes podían llegar á creer que por fin se había descubierto la imágen de la diosa de Sais, que finalmente estábamos próximos de la resolución del gran problema enigma de la significación y utilidad de la vida humana y no teníamos más que extender la mano para hallar la respuesta al porqué de todos los porqués. Los que sabían empero veían al buey materialista estar desconcertado ante la misma montaña por encima de la cual el águila idealista tantas veces y siempre en balde había intentado volar.

Ciertamente es triste decir, pero debe decirse, que el orgullo de cultura de nuestro tiempo tendría suficiente razón para humillarse. Si sacamos la suma civilizatoria de un desarrollo de 100 años obtenemos el humillante resultado que al través de la despreocupación del clasicismo y romanticismo de Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Feuerbach y Strauss, al través del idealismo y del materialismo, hemos llegado felizmente otra vez al «babuino afeitado» de Voltaire, á el *Homme machine* de La Mettrie, al *Système de la nature* de Holbach y sus compañeros. El porvenir decidirá si esta meta valía la pena de tan largo viaje. A la actualidad empero le pertenece el derecho de presentar la seria y formal petición que la embriaguez materialista, á la que en la vida práctica ha seguido ya el ensobriamiento inevitable, se ensobrie también en la ciencia, porque esta embriaguez ha hecho un daño inmenso. La doctrina de descreencia materialista mecánica, presentada y pregonada con ridiculísima suficiencia y presunción, por decirlo así al son de trompetas y timbales, ha

provocado realmente el extremo opuesto, la superstición ortodoxo metafísica, y las dos fantasmas se combaten ahora furiosamente para estrangular de paso en su abrazo hostil á la razón que pide que el mundo investigado y comprendido materialmente sea animado y alumbrado idealmente. Las consecuencias ya se ven ahí; á la soberbia embustería científica con lo material se ha opuesto una gigantesca embustería popular con lo inmaterial. Los caballeros de la materia han sabido á las mil maravillas correr las masas á las redes clericales tendidas hábil y atrevidamente. Cosa natural, los hombres quieren tener y deben tener dioses; si se los quitan, se hacen ídolos, fetiches. Si se les ciegan las fuentes de la fé ideal, empiezan á borbotear los manantiales milagrosos de Lourdes y Marpingen. Tal vez una muy pequeña minoría de personas, de hombres de espíritu fuerte y corazón frío, es capaz de encontrar satisfacción y tranquilidad en la mecanización de la existencia, como la intenta el materialismo científico; pero en todos los tiempos y en todas las partes la inmensa mayoría la rechaza. Los bacanales del «espiritismo» que se pusieron en boga simultáneamente con los del materialismo, demuestran bastante palpablemente que el hombre no puede de ninguna manera vivir únicamente del pan de la ciencia: necesita también del vino de la fantasía, pide y le hacen falta ilusiones, ideales, dioses; y no parece atrevido ni presuntuoso creer y esperar que á la mente alemana le sea dado y concedido encontrar la saludable y necesaria mediación y conciliación entre el idealismo y materialismo de la que dependerá sin duda el medro futuro del trabajo civilizatorio de Alemania.



BISMARCK.

VI.

El imperio nuevo.

Cuando el 30 de setiembre de 1862 el recién nombrado presidente del consejo de ministros de Prusia, Otón de Bismark Schönhausen en la comisión del presupuesto del congreso de diputados echó á volar la palabra: «No con discursos y votaciones de mayoría decidense las grandes cuestiones de la época (este ha sido el error de los años de 1848 y 1849) sinó por el hierro y la sangre», se levantó gran gritería en Alemania y en Europa, escandalizándose cual par de hermanas, la ignorancia y la hipocresía. Como si alguna vez las «grandes cuestiones» mientras las ha habido entre los hombres, se hubiesen decidido de otra manera que por el hierro y la sangre. Babiecábase beatonamente «de la inauguración de una política de fuerza» como si alguna vez en la política se hubiese hecho algo bueno, se hubiese podido alcanzar algo de valía, sin emplear la violencia. El ideal del progreso de Góthe que camina por la senda del «desarrollo tranquilo» es muy bonito, pero en la política, que no tiene que entenderse solamente con ideas, sinó también con hechos, permanecerá eternamente una ilusión y un sombra. Pues: